

# LUIS CERNUDA: LA LECCIÓN DE LAS RUINAS

ANTONIO COLINAS

La primera consecuencia que hoy extraemos de una lectura de la obra poética de Luis Cernuda es la de que el autor de *Ocnos* ha superado ejemplarmente la prueba del paso del tiempo; prueba clave e inevitable para todo autor más allá de los triunfos provisionales, de los gestos novedosos, del aplauso fácil o de los silencios condenatorios que sobre él hayan podido dejar caer críticos y coetáneos. Vemos también en una lectura de última hora, que la obra de Cernuda ha crecido y madurado, que su palabra destaca -por decantada, por perfecta- entre los poetas de su propia generación, tan ejemplar por muchos otros motivos. Y comprobamos que su obra viene a acrecentar esa corriente caudalosa, encauzada, pura que se mantiene y se prolonga en algunos poetas andaluces irrepetibles. Un decir que tiene su manantial en el gran Juan Ramón Jiménez. Un decir, sin más, emocionado, sabio, *inspirado*.

Pero ciñéndome ya al tema propuesto -la lección de las ruinas- diré que es una presencia que aparece como motivo de liberación en el amplio y rico friso de la poesía cernudiana. No es raro, por ello, que en un primer momento de inmadurez, de heridas pasiones, de juvenil desasosiego, sea el *muro* (y no las ruinas) el signo que presida las horas del poeta. La piedra de la ruina nunca suele cerrar el horizonte, no angustia al que contempla porque va acompañada de otros elementos que la fertilizan: nubes, árboles, plantas, lejanía... Por el contrario, la piedra del muro aparece como una realidad cerrada y torva de la que nace la angustia, todo dolor. Esta terrible limitación del muro aparece con frecuencia en los primeros libros de Cernuda. *No quiero estos muros*, dice explícitamente desde el arranque de sus *Primeros poemas*. Y lo dice porque el muro es como un espejo fidelísimo -un espejo de piedra- de lo peor que hay en sí mismo, de la propia desolación.

Algo parecido sucede cuando el poeta nos recuerda: *Los muros nada más*, y frente a ellos, como realidad total, la vida, que yace *inerte*. Cernuda, en esta primera etapa, pone incluso muros al mundo (*el muro que sella el mundo*) o al mismísimo cielo. La realidad mejor, la vida, es por tanto la que queda más allá de los muros. Nunca tiene que ver esta visión de Cernuda con el muro que cerca el jardín cerrado para muchos, el espacio secreto como jardín o reflejo del paraíso. El muro, en su vida, es algo a derruir; el muro es *voluntad de tempestades*; el muro es ruina y miseria, espacio desierto contra el que arrojar el dolor para asesinarlo. Incluso Cernuda llega a hablar de muros terribles por invisibles. Siente que algo aferran sus brazos, pero descubre desolado que sólo se trata de un *invisible muro*.

He estado hablando de un tiempo anterior a *Donde habite el olvido*. Pronto la ruina va a aparecer, primero como arquetipo elemental luego como herida en el tiempo que no se ha cerra-

do. Al principio, la ruina se muestra en los versos de Luis Cernuda junto a otros temas arquetípicos de la antigüedad clásica: las estatuas, la gran tumba que el cementerio, los elfos, la fuente, los dioses. Es una primera y fácil visión, en cierta medida artificiosa. La ruina es casi cliché literario pues aún no ha sido deshecha por la guerra, por la sangre. Pero pronto lo será. La realidad se le mostrará pronto a Cernuda entre ruinas en las que hay un *fungolcon rocío de sangre*. Esta visión de la ruina como herida no cerrada se prolonga especialmente en la II parte de la *Elegía española*, texto digno -en su tono- del mejor y más dolorido Leopardi. El pasado, con sus glorias y con sus dogmas es pura contradicción es esa *fuerza torre en ruinas* que representa al propio país.

Hay un momento en el que parece como si el poeta se dispusiera a copiar con su palabra la piedra, la piedra de las estatuas, la piedra de las ruinas. Es una actitud menos desesperada y más ejemplar. El poeta ha pasado de padecer la naturaleza a imitarla. La ruina comienza a ser en la poesía de Cernuda vestigio fértil y ese sentido afecta incluso al cuerpo humano. Recordemos, por ejemplo, el poema titulado *Niño muerto*, que comienza: *Si llegara hasta tí bajo la yerba...* Como el poeta juvenil que se rebela contra todo tipo de muros, el niño-muerto, el niño-ruina vuelve *La cabeza contra el muro*. Definitivamente, lo perecedero con sentido se antepone a la piedra sin sentido, lo fértil a lo estéril.

Sin embargo, el tema que hoy he querido subrayar aquí se abre con fuerza en los grandes poemas que Luis Cernuda va a escribir a partir de *Las nubes*. El primero y más decisivo de ellos será *Resaca en Sansueña*, especialmente en su segunda parte ("Monólogo de la estatua"). La ruina es ahora sinónimo de estatua y la estatua es sinónimo de *piedra divina* / *Que un desastre arrojara desde el templo al abismo*. El mundo se ha sacralizado; no es que se haya poblado de dioses, sino que ha imantado con una verdad superior, trascendida. La ruina es ahora lo eterno, el ejemplo, frente a los nuevos dioses, frente a todo posible dios. La ruina es -por repetirlo con la terminología de Eliade- el *espacio fundacional* desde el que partir hacia todo tipo de reflexión cimentada. Un espacio en el que esperar un futuro mejor, es decir, aquel tiempo -quizá imposible- en el que la piedra rota, sucia de limo y de sangre va adquiriendo dimensión, el palpito y el aspecto de un dios. La piedra sin más, se ha convertido en carne. O la carne, sacrificada en todo tipo de contiendas, ha pasado a petrificarse.

Es la dura y vacía lección del tiempo histórico; un tiempo al que nadie responde a los clamores del ser humano. Por eso, éste se ve obligado a gritar con la mirada -sólo con la mirada- y a través de ella recibir respuestas, sólo borrosas respuestas -signos, símbolos- en el pasado arrasado, en las sangres y pasiones, en un tiempo sin fechas y sin nombres: es la lección de las ruinas.

A veces, la ruina se desdobra en los versos de Luis Cernuda. La ruina humana (el *niño-muerto*, *Lázaro*) aparece junto a una determinada ruina-piedra: la tumba. Ambas realidades (cadáver, tumba) conforman un nuevo espacio que acabará siendo ruina más allá de la razón y del sentimiento de los humanos. Me refiero al cementerio. Cernuda tratará este tema con obsesión, de forma expresa, en cuatro poemas: "Cementerio de la ciudad", "Elegía anticipada", "El cementerio" y "Otro cementerio". La primera de las visiones del camposanto es extremadamente desolada:

"Ni una hoja, ni un pájaro. La piedra nada más. La tierra".

Más allá de la piedra de la tumba, de su forma como recortada por la razón -por el afán de perdurar- se halla la piedra y, lo que es más duro, la materia deshecha, la tierra. ¿Y qué hay entre las tumbas?. ¿Serás que sueñan o reflexionan? No, sólo cierto tipo de vida, que se agita, dice el poeta, *como una prostituta*. En este espacio ruinoso y desolado la noche cae, pero desde un cielo *nublado*. Existe el aire, pero es el que llega del *humo de las fábricas*. La visión es de eterno vacío y para este vacío reclama Cernuda el *olvido* de Dios.

Pero muy pronto, en el libro siguiente, *Como quien espera el alba*, la visión del cementerio-ruina se verá transformada. Ahora el aire no llega contaminado, sino que es aire celeste y aparecen elementos que siembran vida en la muerte de las tumbas: la yerba y los pájaros son los más destacables. De esta manera, la muerte queda destruida (o neutralizada) gracias a su fusión con la vida, a su fusión con el testimonio más excelso de ésta: el arte. Porque en la atmósfera tibia y equilibrada del recinto hay también en el aire unas notas musicales -concretamente de las de un piano- y todo el conjunto es, a los ojos del que mira, como un óleo. (Un óleo, especifica el poeta, de *paz, luz, música y aroma*).

Cernuda, por decirlo con las palabras de María Zambrano, ha deshecho en este poema el *nudo del trágico existir*. Ha colocado, repentinamente, a la vida y a la muerte como dos territorios limítrofes, divididos por una invisible frontera. Incluso la presencia de los muertos es evocada de la forma más viva y más fértil: los cadáveres sólo son simiente que, a partir de la ceniza, derraman nueva vida. El poeta no hace en ningún caso reflexiones morales, ni religiosas, pero deja situado al ser humano en ese momento trascendido que supone el cadáver como simiente en la tierra oscura.

Del cementerio-jardín o cementerio-huerto, de la ruina fértil de las losas, ya nos había dejado Luis Cernuda testimonio unas páginas atrás en uno de sus poemas más inolvidables y rotundos: "Elegía anticipada". Ahora, el arrullo del mar se une a la melodía del viento y de los pájaros. El apartamiento y el olvido del lugar son *codiciables* y la yerba es, una vez más, el elemento que siembra vida. Incluso las losas, que en el poema anteriormente comentado aparecía como el único elemento negativo (*losas viejas*), pasan a ser ahora sólo *un poco de nieve que no oprime*. Queda así establecido uno de los significados más bellos que la piedra nos ofrece en la poesía de Luis Cernuda. (La piedra, otro de los temas -o acaso uno de los subtemas- sobre el que ahora no podemos detenernos aquí. Sólo unos versos más adelante, la piedra será de nuevo símbolo lleno de significados: los mismos cuerpos juveniles son *como piedra oscura*).

Pero en este poema hay nuevas y más sorprendentes visiones de la muerte como realidad total, del ser absoluto en el no ser; sensación ésta tan prodigada por el pensamiento primitivo oriental que Cernuda nos ofrece en esta elegía de la más bella y perfecta de las formas. Por todo ello, 1º) La muerte en el cementerio-ruina ofrece esa soledad que nunca se pudo obtener en vida. 2º) El poeta es consciente de que en este estado de fusión con el todo -de vacío- la vida está en su cima y 3º) Libres del espacio humano, los espíritus han quebrado, al fin, todo tipo de prisiones.

Se ven así reflejados, a través de estos tres puntos que yo he sintetizado tras la lectura del poema, algunos de los hallazgos más notables del pensamiento primitivo oriental: la fusión de los contrarios; el que gracias a la materia muerta el universo nace y vive, se re-crea, siendo a la vez infinito y eterno; el que con el cumplimiento del ciclo vital "la materia retorna a la materia, la energía a la energía, para emanar de nuevo nuevas existencias eternamente" (Giuseppe Tucci, *Apología del Taoísmo*).

La muerte sólo es, en consecuencia, una metamorfosis que responde al carácter cíclico de las cuatro estaciones. La muerte no se debe llorar, piensa el poeta, y el que la llora es que desconoce las leyes que rigen el universo. Quizá por ello, Cernuda canta a las ruinas y canta sobre las ruinas con un extraño júbilo, como tantos siglos atrás cantara el taoísta Quang Tzu a la muerte de su esposa.

Luis Cernuda contempla todos estos hallazgos en un poema del libro siguiente, *Vivir sin estar viviendo* ("Otro cementerio"). Ahora el espacio en el que todo sucumbe, la ruina, no es sinónimo de huerto sino de jardín. Aparece de nuevo la yerba sembrando vida entre las piedras muertas y aparece, como en un segundo plano, la iglesia. El cementerio-jardín está, según nos

dice el poeta, detrás de la iglesia, es decir, más allá de ella. También en este punto los significados simbólicos son muy ricos. El espacio es ahora jardín porque el poeta ignora la muerte subterránea y hace del cementerio y de su paz un espacio ideal para los vivos, un espacio ideal para el retiro, para sentarse, para la meditación, incluso para el juego de los niños. Los muertos no son más que un *recuerdo impotente*. He aquí, pues, representada una vez más, casi de manera idílica, la ruina fértil. El cementerio se ha convertido en *locus amoenus*. Buscar todas las resonancias que esta imagen ha tenido en la tradición -la grecolatina, la romántica-, en toda la tradición elegíaca, sería labor harto reiterativa.

Resumiendo: lo que perdura en las ruinas es todo cuanto en ellas hay de ligero, de frágil, de fugitivo: sonidos, aromas, yerbas y ramos que crecen para corromperse, suspiros, luces, los labios (que son los hijos de la *sonrisa y del suspiro*). La piedra se ve así derrotada por la fragilidad, por todo cuanto es fugitivo. Y, una vez más, Cernuda trata estos temas decisivos con una profundidad que no encontramos en ningún otro poeta de su generación- nos devuelve de golpe la rica simbología y las verdades de raíz oriental. Todas estas sensaciones a las que hemos venido aludiendo, Luis Cernuda las resuelve en el título de uno de sus más delicados poemas: "Lo más frágil es lo que dura". Entre estas palabras de Cernuda y algunas sentencias de Lao Tze (*A la blandura precede la dureza. Lo tierno y blando vence lo duro y fuerte*, 36, a) no hay la más mínima diferencia.

Luis Cernuda llega así -deshaciendo incluso las ruinas, deshaciendo la aparente inmortalidad de la piedra- a una verdad extrema: la que nos ofrece lo instantáneo, el presente. Ese presente tan sublime como fugitivo que sólo contiene una palabra, una luz, un sonido, un aroma. Dice Cernuda:

Un olor de azahar,  
Aire. ¿Hubo algo más?

Quienes sabemos, aquí en el sur, de esa presencia invisible y sacra del aroma, comprendemos mejor la eternidad del instante, la fragilidad incluso de las ruinas indomables, la presencia de lo desconocido en forma de aroma que, cada año, regresa para sembrar vida en la muerte: como la yerba verde y tierna.

Y si el ser humano, el lector, no se sintiera satisfecho con ese instante (también mortal) del aroma, del azahar, deberá recurrir a otros instantes, a otros versos que Cernuda también recoge para recordarnos el carácter eternamente estacional, cíclico, de todo tiempo.

¿De qué nos sirvió el verano,  
Oh rui señor en la nieve?.

Se deshizo el aroma, pero el sonido, la música del pájaro, de la palabra, han venido a sustituirlo como un nuevo y fugitivo símbolo que siembra felicidad y verdad, y belleza, en la blanca nada de la nieve.